

Cuiba

Otras denominaciones de la lengua

cuiba, kuiva, wamonae, chiricoa, maibén, cuiva, cuiba-wámonae

Denominaciones del pueblo

cuiba, wamonae, chiricoa, maibén, cuiva, cuiba-wámonae

La lengua cuiba se habla entre los ríos colombianos Meta, Casanare y Capanaparo, al occidente del departamento de Arauca, en los resguardos Los Iguanitos, en Tame, y Bajo Cusay, al norte del mismo municipio. Al noroccidente del departamento de Casanare, en el resguardo Caño Mochuelo-Hato Corozal, en los municipios de Hato Corozal y Paz de Ariporo. En la parte noroccidental del departamento de Vichada se habla en el resguardo Santa Teresita del Tuparro, perteneciente al municipio de Cumaribo, entre los ríos Tomo y Vichada, unos 200 km al oeste del Orinoco. Y en el resguardo La Pascua, en los municipios de Puerto Carreño y Guacacías. En una parte del territorio venezolano también se pueden encontrar indígenas hablantes del cuiba.

Según datos del Dane, de 2005, el pueblo cuiba posee un total de 769 indígenas, de los cuales el 49,80% son hombres (383) y el 50,20% mujeres (386). De ellos, 621 son hablantes de la lengua indígena, es decir el 80,75%. La lengua cuiba pertenece a la familia lingüística guahibo, que agrupa tres lenguas más: el hitnü, el sikuani y el guayabero, con las que comparte ciertas semejanzas fonéticas y gramaticales. El cuiba, por su parte, cuenta con tres dialectos: el maibén, el siripu y el chiricoa.

La lengua ha sido catalogada en peligro por varias razones. La primera es que en los últimos años el riesgo físico y cultural del pueblo cuiba ha aumentado

debido a las confrontaciones entre actores armados ilegales y a la proliferación de cultivos ilícitos en sus territorios. Estos hechos han ocasionado el desplazamiento de las comunidades cuibas en el territorio nacional. Hacia 2005, tales indígenas habitaban casi en su totalidad en áreas rurales y solamente un número reducido de la población se localizaba en las ciudades, en un porcentaje cercano al 6,11%, o sea 47 personas (Dane, 2005). Pero con la aparición de los cultivos de coca en Arauca y Casanare, el desplazamiento de los resguardos fue una consecuencia inmediata.

Este desplazamiento forzado afecta inevitablemente el uso de la lengua en la comunidad. Al no tener un territorio propio para llevar a cabo las actividades cotidianas y tradicionales, los abuelos y padres no transmiten su lengua a los más jóvenes. Como sabemos, tal transmisión no se hace con métodos de enseñanza formal, sino de manera oral, mediante el uso cotidiano de la lengua en interacciones comunicativas de los miembros del hogar, o en actividades como la caza y la pesca, compartidas entre padres, abuelos, tíos y hermanos. Este proceso de enseñanza de la lengua, de generación en generación, obviamente se ve alterado, porque al cambiar las actividades cambia también el estilo de vida y con ello se deteriora la manera tradicional de transmitir su lengua. Por tanto, es natural que el número de hablantes también se haya reducido considerablemente. Por otra parte, el desplazamiento produce un desarraigo de la cultura. Al no tener lugares apropiados para celebrar sus ceremonias tradicionales, con danzas, narraciones y festividades, la lengua se convierte en una víctima más del conflicto, pues son estos los espacios donde ella se ejercita y fortalece.

Otro aspecto que afecta también la transmisión de la lengua es el tener que compartir su territorio con comunidades indígenas hablantes de otras lenguas, pues con ello se adquieren vínculos sociales y comunicativos que implican el desuso de la lengua nativa a cambio de otra que, como el español, les facilita mayor movilidad en la zona.

La influencia de los medios de comunicación en el grupo indígena también pone en peligro su lengua, lo cual afecta regularmente más a los jóvenes que a los mayores. El acceso a la televisión, a la radio y a los teléfonos celulares produce en

los menores una fascinación casi inmediata, y de alguna manera superpone a las costumbres tradicionales actividades de entretenimiento, como horas frente al televisor, recepción de música en español o conversaciones en la lengua vehicular mediante mensajes de texto o chat. En abuelos y padres este proceso es un poco más lento, pues su identidad está más arraigada y, en el caso específico de los celulares, pueden usarlos para hablar la lengua tradicional, sin emplear el español, a no ser que el interlocutor no conozca su lengua.

En cuanto al apoyo escrito de la lengua ancestral, el pueblo cuiba que habita en Colombia posee escasos recursos documentales; solo hasta ahora la hermana Ana Joaquina Merchán, misionera de la Congregación de las Hermanas de la Madre Laura, ha empezado a transcribir en lengua cuiba, de la variedad maibén, textos como “El relato de la danta” (González y Rodríguez, 2000). Frente a este panorama, es necesario implementar proyectos que salvaguarden la lengua cuiba. En primer lugar es necesario determinar espacios apropiados para que realicen sus celebraciones tradicionales y desde allí se propicie la transmisión oral de la lengua, mediante las narraciones de los abuelos, las danzas y demás rituales característicos de los cuibas.

En segundo lugar, fortalecer la lengua a través de registros escritos, cartillas, folletos, diccionarios, etc., de tal manera que la comunidad cuiba cuente con materiales didácticos para aprender la lengua y hacer uso de ella, y así mismo que estas herramientas puedan ser utilizadas en la escuela.

En tercer lugar, proponer en diferentes escuelas y colegios, cercanos a las comunidades, lineamientos curriculares que incluyan contenidos culturales y tradicionales del pueblo cuiba, para lograr así un carácter permanente en su educación, tanto en español como en su propia lengua.